

nion á los franceses, que inundaban con piadosas lágrimas sus cadenas, y después de haber pasado la noche en oracion con ellos, marchó impávido al suplicio.

No será esta la última protesta que harán escuchar los plenipotenciarios católicos. Ya en aquella época abandonaban los reyes de Europa á merced de las revoluciones á sus hermanos coronados; y en vez de armarse para destruir al enemigo comun, solo dejaban á sus enviados el triste cuidado de prestar á la virtud un homenaje estéril. El calabozo donde yacía aherrojado el P. Rodolfo Corby habia visto al presidente Bellièvre saludar con respeto al Jesuita que iba á morir en manos del verdugo; mientras que los ministros de Alemania, Francia, España y Portugal se presentaron en vísperas de la ejecucion del P. Enrique Mors, en el que yacía entre cadenas este Padre. Tenía el P. Mors un hermano al servicio del Parlamento, que después de ofrecer una parte de sus bienes para rescatarle la vida, vió rechazada su proposicion por su inexorable amo; y el 1.º de febrero de 1645 subió el encausado al patíbulo, donde murió como un héroe, después de haber vivido como un santo.

Mas, si la hija de Enrique VIII no habia jamás osado confesar que asesinaba á los Jesuitas por el solo hecho de serlo, el Parlamento, dueño ya de los negocios, porque Carlos I habia dado principio á su odisea de negociaciones, mas fatales aun que sus batallas, se creyó bastante osado para no necesitar del disimulo. Sin inventar complots ni buscar subterfugios, proclamó sin rebozo que asesinaba á los Jesuitas para exterminar al catolicismo. «Durante estos años de disturbios, dice Voltaire¹, se mezcló muchas veces el exceso del ridículo con las demasías del furor. Ese ridículo, que con tanta frecuencia habian echado en cara á los partidarios de la comunión romana, fue el patrimonio de los Presbiterianos. Los obispos se portaron como cobardes, pues que debian morir en defensa de una causa que creían justa; pero los Presbiterianos obraban como insensatos. Sus trajes, sus costumbres, sus discursos, sus bajas alusiones á los pasajes del Evangelio, sus ademanes, sermones, pláticas; todo, en fin, hubiera merecido, en tiempos mas tranquilos, ser representado en la feria de Londres, si esta farsa no hubiera sido demasiado asquerosa. Pero desgraciadamente las ridiculeces de estos fanáti-

¹ *Ensayo sobre las costumbres.*

«cos se hermanaban con el furor; de manera que los mismos hombres de quienes se hubieran burlado los niños, inspiraban el terror bañándose en sangre, y eran á la vez los mas locos y temibles de los hombres.»

¡Cobardes é insensatos! Tales son los títulos que da Voltaire á los revolucionarios de la Gran Bretaña; y estos títulos que tan bien les sientan serán siempre la señal distintiva de todas las insurrecciones que, so pretexto de emancipar al linaje humano del yugo de los reyes y de los sacerdotes, pasarán con sus manos ensangrentadas á predicar la libertad política y la emancipacion religiosa. En medio de aquellos actos de cobardía episcopal protestante, y de estas locuras puritanas, cuyas vergonzosas consecuencias han pesado sobre la Francia en sus dias de horror, los Jesuitas no siguieron el ejemplo de desercion que les ofrecia el anglicanismo. Eran católicos, y se atrevieron á enseñar á los fieles á morir como tales. El Parlamento preparaba sus cadalsos y abria sus calabozos, sumiendo en ellos á los PP. Ricardo Bradley y Juan Gross, y después de cargarles de cadenas les sometieron á todas las privaciones, sin concederles un poco de aire para respirar, un mísero alimento para sostenerse, ni una suficiente extension para dilatar sus encogidos miembros. Mientras que Bradley espira acosado del hambre y los padecimientos en 30 de enero de 1645, se le preparan á Gross inauditos tormentos, entre los cuales sucumbe veinte y ocho dias después, como lo habia hecho dos años antes el P. Cansfeld. Diez meses mas adelante, el P. Edmundo de Nevil, después de haber sido expuesto á los rigores de una noche glacial en una barca, y enteramente desnudo, fue condenado á los tormentos del hambre y de la sed, á los ultrajes de las Cabezas-Redondas y al furor sanguinario de los predicantes, quienes, después de haber agotado el resto de sus fuerzas, le pusieron en libertad. Pero apenas habian transcurrido ocho dias, cuando exhaló este anciano el último suspiro, expiando de esta manera el glorioso crimen de su sacerdocio.

El Parlamento, á la manera que todas las asambleas políticas, era mas implacable en nombre de la igualdad, que todos los tiranos y déspotas en nombre de sus caprichos. Existen mil medios para dulcificar la ferocidad de un tirano; pero no hay ninguno para desembarazarse de las tropelías de uno de esos cuerpos legislativos, en que embriagándose cada individuo con la cólera

general, después de recibirla y duplicarla en los demás, se entrega sin temor á todos los excesos, porque nadie se declara solidario de una corporacion entera, que trata de eludir su misma responsabilidad moral. El Parlamento habia salido vencedor, zanjando la cuestion entre él y el trono en la batalla de Naseby: solo le faltaba á Carlos ser juzgado y morir. Este Principe, que solo habia cometido yerros, ostentó en su muerte toda la sublimidad del valor que hubiera debido tener en el trono; pero esta resignacion que, en un hombre aislado, encierra cierto heroismo, no basta en un soberano.

Un monarca no llena su mision con mirar con ojos tranquilos los fúnebres aparatos de su suplicio; no ha sido elevado al solio para tan poca cosa; tiene otros deberes que cumplir, y es preciso que los cumpla, so pena de escuchar la voz de la posteridad vituperando su mansedumbre, y condenando unas virtudes tímidas que han expuesto la corona á calamidades sin cuento. No, Dios no ha hecho á los monarcas para ver rodar sus cabezas por el tablado de un patíbulo; antes de dejarse asesinar como corderos, deben caer sobre las gradas de su trono, ó bañar con su sangre el último campo de batalla concedido á sus súbditos fieles. Carlos I no comprendió que este era el único papel reservado á su honor: envolvióse en el manto de su longanimidad, se dejó tocar por el verdugo, cuando hubiera debido, en defensa de los principios monárquicos, entregar á la venganza de las leyes indignadas á los culpables de lesa majestad. Habia sido tímido é irresoluto en la prosperidad, y se contentó con ser sublime el 30 de enero de 1649 en el cadalso de White-Hall. Pero si una muerte semejante basta á colmar la gloria de un hombre cualquiera, un soberano no indemniza con ella el crimen de su debilidad.

Los Católicos, guiados por los Padres del Instituto, habian hecho en union con los caballeros de la Gran Bretaña todos los sacrificios imaginables, con el objeto de preservar á su patria de este borron sangriento que deplora el pueblo inglés en cada uno de los aniversarios, manifestando un luto público y unos remordimientos solemnes. Esta actitud, tomada por los Jesuitas en la mencionada revolucion, era la única racional y moral. Los protestantes franceses y holandeses quisieron hacerles desempeñar un papel menos bello. Los Jesuitas eran víctimas de todos aquellos Independientes, á quienes Cromwell amoldaba á la victoria y

esclavitud. Los acusaron de haber atizado el fuego de la discordia, y de haber elevado las pasiones republicanas hasta su paroxismo, á fin de provocar la confusion, y llegar de este modo á la restauracion de la fe. Pasóse mas adelante; inventáronse á su arbitrio circunstancias imposibles, imaginaron que se habian improvisado los jefes ocultos de las Cabezas-Redondas con el objeto de hacer morir al Soberano, y comunicar á la revolucion inglesa ese sello de crueldad, que no hubiera jamás tenido sin las maniobras de los Jesuitas; y constituyéndose en eco de estos rumores aquel famoso calvinista Pedro Jurieu, á quien la lógica de Bossuet ha inmortalizado al querer ajarle, refiere lo siguiente, en su *Política del clero francés*¹:

«Un eclesiástico inglés, capellan en otro tiempo del rey Carlos, abrazó el catolicismo, algun tiempo antes de la muerte de su amo, insinuándose en seguida de tal modo en la confianza de los Jesuitas ingleses, que no tardaron estos en participarle un documento terrible, una consulta contestada por el Papa sobre los medios mas oportunos para propagar en Inglaterra la religion católica. Viendo los católicos ingleses que su Soberano se hallaba preso y en poder de los Independientes, y queriendo aprovechar la ocasion para derrocar el dogma protestante y restablecer el *papismo*, concluyeron, que el único medio de realizar su proyecto y anular las leyes que contra él se habian promulgado, era el de deshacerse del Monarca, y acabar con la monarquía. Para ser autorizados y sostenidos en esta gran empresa, comisionaron á diez y ocho Jesuitas, con el objeto de que se presentasen en Roma, conducidos por uno de los grandes del reino, y solicitasen el dictámen del Pontífice. La materia fue discutida en varias asambleas secretas, y fue decidido que era lícito y justo hacer perecer al Rey. Al pasar por Paris los diputados, consultaron á la Sorbona, quien sin aguardar el parecer de Roma, habia juzgado que esta empresa era justa y legítima; y habiendo regresado á Londres, confirmaron en su designio á los Católicos. Para conseguirlo, se insinuaron los *cecosos* en la confianza de los Independientes, disimulando su religion, y persuadieron á estos hombres que era preciso deshacerse del Rey, como en efecto se verificó algunos meses des-

¹ *Política del clero francés, ó conversaciones curiosas; segunda conversacion*, por Pedro Jurieu. (*El Haya*, 1682).

«pués. Pero no habiendo obtenido con la muerte de este pobre «Príncipe los resultados que esperaban, trataron de retirar todas «las copias que se habian hecho respecto á la consulta del Papa «y de la Sorbona. Sin embargo, el referido capellan inglés no «quiso entregar jamás la suya; y se la manifestó, luego del re- «greso de la familia de los Estuarts, á varios sugetos que exis- «ten en el dia, y son testigos oculares de lo que acabo de decir.»

Esta manera de componer la historia, cuyo ejemplo han dado infinitas veces Esteban Pasquier y los antagonistas de la Compañía de Jesús, hace imposible todo género de discusion. El que refiere no se apoya en autoridad alguna, ni cita ningun nombre propio; conténtase con dejar á su calumnia que divague en la inmensidad, persuadido de que por ser impostura no dejará de hallar corazones bastante dóciles para adoptarla, y plumas bastante péfidas para ponerla en circulacion. Los hombres sensatos rechazaron con desprecio una paradoja, basada únicamente en delirantes ensueños. El calvinista Isaac Larroy, en su *Historia de Inglaterra*, escrita en vida del mismo Jurieu, no tuvo bastante osadía para sostener esta fábula. Mas como si los hombres estuviesen condenados á no salir jamás de un círculo de ideas, la imputacion de Jurieu no dejó de encontrar imitadores. Habia este acusado á los Jesuitas ingleses de excitar hasta el delirio las pasiones de los Independientes, atizando los furores de que no ignoraban serian las primeras víctimas. Los apologistas de la revolucion francesa siguieron el mismo método; y á fin de no manchar con demasiada sangre las manos de los setembristas y asesinos de 1793, resucitaron el mismo tema contra los amigos del orden, de la monarquía y de la paz. Los Padres son los únicos culpables de haber formado á Cromwell, Harrison y Brasdhaw; ellos solamente pudieron inspirar á Milton su feroz *Defensa del pueblo inglés*, y nadie mas que ellos enseñaron á los Independientes á degollar á los Católicos, y á torturar á los Jesuitas. Jurieu no se lanza en la senda del absurdo, deja este cuidado á sus herederos.

Ya no existía Carlos I; la Inglaterra se proclamaba república; la libertad hizo salir de sus entrañas un hijo del pueblo á quien la victoria, el genio y el crimen invistieron con una autoridad ilimitada; en una palabra, Oliverio Cromwell iba á reinar en la Gran Bretaña con el título de protector. Como todos los hombres que toman por asalto el poder derrocando la monarquía, debia

el dictador burlarse de las mismas leyes que habia sancionado, de los derechos que habia consagrado, y del pueblo por quien habia combatido. Empero, no hallándose todavía en el apogeo de su criminal gloria, diéronle los Católicos vencidos la Irlanda para que la pulverizase, á la manera que se le arroja á un hambriento perro la última res para que la devore; y el usurpador condujo la desolacion al seno de las ciudades como al interior de las campiñas, bañándose en la sangre de aquellas poblaciones católicas. Habíase propuesto obligarlas á la apostasía; pero en todas partes halló mártires, y en ninguna un perjuro.

Dos años antes, el 13 de setiembre de 1647, los Cabezas-Rondas de Cromwell habian inaugurado su dominio, bañándose en la sangre de siete mil católicos irlandeses. El Jesuita William Boyton habia hecho de la ciudad de Cashel un templo para la virtud y un asilo para la desgracia: un gran número de familias, huyendo de las armas inglesas, se habian refugiado con él en una iglesia, denominada la Roca de san Patricio. No ignora el Jesuita que esta multitud infortunada va á ser víctima de la Religion: pero sabe que tiene necesidad de un consolador, y sin atender á mas, se encierra con ella, y el 15 de junio de 1649 muere como ella y con ella, bajo la espada de los Independientes. Cansado ya el Protector de asesinar, da principio á la época de las proscripciones. Después de promulgar el Parlamento un decreto, por el que debian ser expulsados los Católicos de Dublin y de Cork, sanciona la pena capital contra cualesquiera que se propasase á proporcionar un albergue bajo su techo, aun cuando no fuese mas que por algunos minutos, á un sacerdote de la Compañía. Mientras que los PP. Roberto Netervil, Enrique Cavel y Juan Bath fallecen víctimas de la crueldad revolucionaria, el P. Vorthington, provincial de Inglaterra, sucumbe al mismo género de muerte. *La Santa República Britana* proclamaba la libertad, al paso que se convertía en perseguidora: oyóse la declarar en sus púlpitos y en el seno de su Parlamento, que todo individuo tenia derecho á servir á Dios segun el impulso de su conciencia; mientras que el 26 de febrero de 1650 comentaba á su modo esta tolerancia la hipocresía de los legisladores, ofreciendo por medio de un acta oficial las mismas recompensas que otorgaba la ley á los agentes de la fuerza pública que prendian á los salteadores, á los que descubriesen el asilo de un Jesuita oculto, ó denuncia-

sen á sus encubridores. Habíase elevado el espionaje al rango de las virtudes cívicas: habían llegado á abusar de tal modo de la esclavitud en la libertad, que las propiedades y las fortunas ajenas no fueron en adelante mas que una burla¹. Apoderáronse de todos los Jesuitas; sumiéronlos en los calabozos, y ejecutaron al P. Pedro Wright el 20 de mayo de 1651. Cromwell solo era sanguinario por ambición. Su poder se robustecía con el envilecimiento y degradación de las Cámaras. Quiso desviar de sí la odiosidad de estos suplicios, y mandó deportar al continente á los prisioneros. «Mas si los Indépendientes fueron menos crueles que los Presbiterianos, dice Lingard², los igualaron al menos en rapacidad, pues aplicaron con la severidad mas activa y obstinada las leyes de secuestro y confiscación.» «Difícil seria decir, añade, quién padecía mas, si las familias afortunadas que se vieron reducidas á un estado de indigencia, ó los colonos, criados y artesanos, que negándose á pronunciar el juramento de abjuración, se vieron privados de las dos terceras partes de lo que habían ganado con el sudor de su rostro, y hasta de sus muebles y vestidos.»

La ley revolucionaria proclamaba que todos los ingleses estaban facultados para servir á Dios segun su conciencia. Todos podían entregarse á todas las bacanales religiosas que puede inventar la locura humana en sus dias de entusiasta ignorancia; solo los Católicos estaban exceptuados de esta pragmática. En Inglaterra los despojaban de sus propiedades, haciéndolos esclavos del derecho comun, y en Irlanda se extendia la persecucion sobre una escala mas vasta. Ya en el año de 1651 no quedaban mas que diez y ocho Jesuitas en este reino: habiendo perecido unos á manos de sus asesinos; otros, como el P. Patricio Lea, sepultando á los difuntos, ó bien consagrándose al socorro de los apestados, como los PP. Jacobo de Valois y Jorge Dillon en Waterford, y como el P. Dawdal, y el hermano Brion, en Ross.

Testigo de estos desastres la décima congregación general, no

¹ En la misma época apareció un edicto por el que se permitía á los Protestantes apoderarse arbitrariamente de los caballos pertenecientes á las familias católicas. No podían estos poseerlos por mas valor que el de cinco libras esterlinas; de manera que cualquiera protestante tenia derecho á coger el caballo de un católico do quiera que le encontrase, con tal de desembolsar esta módica suma.

² Lingard, *Historia de Inglaterra*, tomo II, pág. 208 y siguientes.

quiso abandonar la Irlanda á la suerte que la reservaban los ingleses. Los Puritanos habían llegado á comprender que el martirio era mirado por los Jesuitas como una recompensa que servia de eterna predicación á los irlandeses; y en su consecuencia dejando á un lado los asesinatos, se contentaron con proscribir, seguros de que viéndose privados de sacerdotes, se verian precisados los católicos de Irlanda á olvidar, en la miseria á que se les reducía, al Dios que adoraban y á la religion que confesaban. Este cálculo no dejaba de ser profundo; pero no tardó en frustrarlo la congregación general, promulgando un decreto, por el que se ordenaba á cada una de las provincias formar un Jesuita irlandés, y tenerle siempre dispuesto para pasar á su patria. Los edictos de Cromwell tenían visos de selváticos, pues proscribían á los Jesuitas, y tendían á embrutecer á los Católicos. Los discípulos de Ignacio que pudieron sustraerse al destierro, y los que hallaron medio de ingresar en este país de desolación, se refugiaron en las montañas, y descendieron á lo interior de los bosques, donde, en medio de las privaciones de toda especie, enseñaron á sus conciudadanos el arte de mostrarse valerosos y sufridos.

Allí, unos sucumbían de hambre, como el P. Juan Carolan; otros perecían á la violencia del frio; vióse uno, que durante un año entero pasó su misera existencia, á imitación de san Atanasio, en la tumba de su padre. La mayor parte de ellos divagaban errantes por los lagos insalubres, ó habitaban en el fondo de las cavernas. Los Católicos conocían sus asilos, sabían que estos sacerdotes vigilaban por su virtud, y no ignoraban que permanecían allí para sostenerlos en las luchas en que debían combatir, y combatían efectivamente por medio de la perseverancia. Se les habían quitado todas las armas; las tropas del Parlamento acampaban en sus ciudades y asolaban sus campos; y siéndoles imposible recurrir á la fuerza contra la opresión, resistían á las atrocidades del enemigo por medio de la fe. Cromwell, aunque omnipotente, veía salir fallidos sus planes: había puesto en juego todos los resortes de la astucia y el poder para prohibir á los Jesuitas el acceso á esta desolada Isla, y los Jesuitas renacían como el fénix de sus cenizas, y conservaban en ella el fuego sagrado.

No pudiendo el despótico dictador conseguir el privar á los Católicos de sacerdotes que arrostran todos los tormentos para fortalecerlos, quiso al menos arrebatár el rebaño á los Jesuitas. Es-

tos osaban aun poner el pié en Irlanda menospreciando sus decretos; él se propuso vengarse deportando á la generacion naciente, y haciendo de este país un vasto desierto. Después de vender á un vil precio á los míseros parvulillos, se les embarca y se les deporta á las colonias conquistadas por la Gran Bretaña; y para llenar el vacío que dejaban, introdujeron á los Anabaptistas en las principales poblaciones de Irlanda. Todo lo habian empleado Cromwell y sus parlamentos, todo lo habian consumido para destruir la fe en el corazón de esta Isla; pero esta misma fe, que los Jesuitas cimentaba con su sangre, y que en una comunidad de dolores legaban á sus prosélitos como un consuelo y una esperanza, triunfó por último de sus perseguidores.

En tanto que los católicos de Inglaterra é Irlanda expiaban su crimen de fidelidad religiosa, la Francia, escapada apenas de las convulsiones de la Liga, se fraccionaba en campos rivales; y, bajo la bandera de dos príncipes de la Iglesia, trataba risueña de marchar hácia una nueva era de revoluciones. La Fronde que nacia, Mazarini que se levantaba contra el cardenal de Retz, Pablo de Gondi, y los príncipes de la sangre fraccionados entre sí, combatian por bagatelas que no merecian la pena. Corrian á las armas por la insignificante frusleria de una cinta ó de un folleto; deponianlas por una cuarteta ó por una intriga de camarilla, para volverlas á tomar sin conviccion y sin gloria por unas causas tan fútiles como las anteriores; y gastando en estos complots mas ingenio que pólvora, sustituia el epigrama á la espada, y sucedia la sátira á las inspiraciones apasionadas de los predicadores de la Liga. Trocados al mismo tiempo los papeles, veíase á los generales mas afamados, á los hombres mas circunspectos, los Conde, Turena y La-Rochefoucauld, suspirar por los poemas eróticos, y abandonar al cargo de sus mujeres la direccion de los negocios y combates. Venia á ser una agitacion sin motivos, una ambicion sin objeto, y unos acontecimientos sin carácter ni resultado. Los Jesuitas no tomaron parte alguna en estos asuntos, y permanecieron neutrales, entre las cortesés astucias de Mazarini y las ingeniosas turbulencias del Coadjutor; y como en vez de tratarse de una cuestion de principios se ponía en juego otra de vanidades, se contentaron con permanecer fieles al rey menor, prosiguiendo en el fondo de las provincias las misiones que debian corroborar el espíritu cristiano.

Juan Francisco de Regis, nacido el 31 de enero de 1597 en Fuen-cubierta, en la diócesis de Narbona, y llamado desde su infancia á ese apostolado de regeneracion que tan opimos frutos ha dado á la Iglesia, á pesar de hallarse en estado de aspirar á los honores, por estar enlazado con las familias Segur y de Plas, solo aspiró á formarse en la piedad, bajo la direccion del P. Lacasse, y luego de concluido su noviciado, pasó á evangelizar á las campiñas, haciéndose el amigo de los pobres. San Ignacio de Loyola habia conocido, así como sus sucesores, que para restaurar el catolicismo y devolver á las costumbres su antigua pureza, era indispensable empezar por hablar al corazón y al espíritu de los pueblos, y organizaron las misiones en España é Italia; Enrique IV aprobó el plan que el P. Cotton le presentó, y pronto pudieron los Jesuitas franceses, tanto en su reinado como bajo el mando de Richelieu, restablecer entre las clases medias de las provincias aquella fe tan llena de pudor y probidad, contra la que han sido casi impotentes las depravaciones cometidas durante la regencia de Felipe de Orleans y las saturnales de la revolucion de 1793. Habian tomado los Jesuitas la iniciativa, y á principios del siglo XVII encontraron gloriosos imitadores entre unos hombres animados de un mismo pensamiento católico. Pedro de Berulle, Vicente de Paul, Francisco de Sales, Eudes, Coudren, Abelly, Fourier, el Pobre Sacerdote, Nobletz y Olier, y mas adelante Bossuet y Fenelon, hicieron descender los raudales de su elocuencia sobre las campiñas. Los PP. Seguiran, Gonthier, Bordes, Rigoleu, Baillos y Medaille¹, daban y recibian el ejemplo de los anteriores. Mas el que en esta época realizó mas grandes cosas en las misiones, fue sin contradiccion el P. Francisco de Regis, á quien la Iglesia agradecida ha colocado en el número de los Santos.

Sabia muy bien este Jesuita que para inocular el Evangelio en la plebe, y arrancar las preocupaciones y los vicios, toda la estrategia de un orador debia limitarse á una vida ejemplar, á una

¹ El P. Pedro Medaille, conocido en el mundo religioso por sus misiones en Velay, Auvernia, Aveyron y en el Delfinado, habia concebido el proyecto de fundar, en union de Enrique Maupas, obispo de Puy, una Congregacion de viudas y doncellas dedicadas á la instruccion, bajo el nombre de Hermanas de san José. Este proyecto ya estaba ejecutado en parte, cuando Lucrecia de la Planche, señora de Joux, mandó llamar á Puy á las mujeres que Medaille destinaba á este género de vida, las dió un asilo, y consolidó su establecimiento.